

¿Había de consentir que todo se desmoronase, á riesgo de que él mismo cayera bajo los escombros del edificio?

Si; tal debía ser la orden que recibía del Altísimo, porque le faltaban fuerzas para ir más adelante en aquella vida de concesiones á la miseria humana, á la indignidad, al vicio.

Las desdichas que había presenciado en toda aquella mañana, sofocaban su corazón; y con la mano ardorosa extendida hacia el cielo, imploraba perdón para sus mentiras, perdón para sus complacencias cobardes.

El temor de Dios se apoderaba de su espíritu, veía que el Todopoderoso le prohibía abusar una vez más de su nombre, y que estaba resuelto á exterminar á los culpables.

Todas las tolerancias del hombre de mundo, desaparecían ante el temor que agitaba a su conciencia, y no le quedaba más que la fe del creyente atemorizada bajo la incertidumbre de su salvación.

—¡Oh señor! exclamó.—¿Cuál es el camino que debo seguir en medio de esta sociedad, que corrompe hasta al sacerdote?

Entonces el cura Manduit, con los ojos fijos en el Calvario, comenzó á sollozar. Lloraba como María y Magdalena, lloraba el fin de todo, la verdad muerta, el cielo vacío!

## IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En Diciembre, al finalizar el octavo mes de luto, consintió Mad. Jossierand por primera vez, en aceptar un convite. Era, por lo demás, una comida en casa de los Duveyrier, una fiesta íntima de familia, con la que Clotilde se proponía inaugurar aquel año sus reuniones de los sábados. Con este motivo anunció á Adela la víspera por la noche, que al día siguiente tendría que bajar á ayudar á Julia. Aquellas señoras, en los días de recepción, se prestaban mutuamente los criados.

—Sobre todo, procure V. no hacerse la remolona, le dijo Mad. Jossierand. Desde hace algún tiempo parece que se le pasea á V. el alma por el cuerpo, está V. desmadejada... en fin, noto algo, y eso que está V. gorda.

Lo que le pasaba á Adela era que estaba en el noveno mes de su embarazo. Durante

algún tiempo, también ella había creído que engordaba, no sin asombro, porque la tenían poco menos que en ayunas; y su misma ama la exhibía á sus amigos, como una protesta contra los rumores que corrían de que tenía rabiando de hambre á la pobre doméstica.

Cuando en medio de su estupidez comprendió Adela su desgracia, se desesperaba al oír á su ama ponderar su robustez y atribuirle á la abundante alimentación que le daba; pero al mismo tiempo se horrorizó. Recordando las ideas que había adquirido en su aldea, se creyó condenada; y á cada instante temía que la justicia fuese á prenderla si confesaba su falta. Ocultar su estado fué desde entonces todo su prurito, y no es posible figurarse los esfuerzos que hacía para disimular las náuseas, los fuertes dolores de cabeza y las demás indisposiciones que á cada instante padecía. Dos veces creyó morir delante del fogón, al mismo tiempo que se ocupaba en sus faenas de cocinera.

Por fortuna, su vientre se ensanchó sin abultarse demasiado, y su ama, no sólo no sospechó lo que la pasaba, sino que tuvo ocasión de enorgullecerse de su gordura.

La infeliz se apretaba el corsé hasta el punto de asfixiarse; pero de todos modos,

cuando tenía que fregar la cocina sentía un peso enorme. Los dos últimos meses sufrió con heroico silencio los más atroces dolores.

La noche en que recibió las órdenes de su ama, subió á su cuarto á acostarse á cosa de las once. La idea del auxilio que debía prestar al día siguiente á la cocinera de madame Duveyrier, la aterrizzaba. Y no podía, no... vamos, le era imposible... estaba derrengada.

A pesar de todo, no podía imaginarse cuándo llegaría para ella el momento de librar y no quería ni pensar en aquel terrible instante, prefiriendo conservar aquel peso y aquellos dolores, con la esperanza de que la Providencia la ampararía. Así es que no había hecho preparativos de ningún género, ignorante de los síntomas como estaba, é incapaz, como era, de hacer el menor cálculo.

Se acostó, pero no podía parar, y como caía una fuerte helada, apagó la bujía, se arropó bien y procuró entrar en calor. Había logrado trasponerse, cuando unos dolores semejantes á ligeros alfilerazos, la hicieron abrir los ojos. Al pronto le pareció que le picaban moscas en el vientre, cerca del ombligo: después cesaron las picaduras, y como estaba acostumbrada á sufrir los trastornos más extraños é inexplicables, no

hizo caso de aquello. Al cabo de media hora de un sueño fatigoso, un dolor sordo la despertó de nuevo. Entonces se enfureció. ¿Iban á volver los calambres y los dolores de vientre que tanto la habian atormentado? ¡Bonita estaría al día siguiente, después de pasar la noche en claro! Sentía una pesadez tan grande en el bajo vientre, que temió verse atacada de un fuerte cólico. Sin embargo quiso resistir, se dió friegas y se calmó; pero un cuarto de hora después experimentó un nuevo dolor con mayor violencia.

—¡Maldito sea...! dijo á media voz, decidiéndose á levantarse.

En medio de la oscuridad buscó el orinal, se sentó é hizo los mayores y más inútiles esfuerzos. El cuarto estaba helado y la infeliz tiritaba de frío.

Al cabo de diez minutos se apaciguaron los dolores y volvió á acostarse, pero no tardaron en volver á mortificarla: se levantó, repitió los esfuerzos, se acostó otra vez y descansó unos cuantos instantes.

Después sintió un retortijón tan fuerte, que la obligó á levantarse á escape. ¡Podía darse estupidez mayor! ¿Tenía ó no necesidad? Los dolores persistentes, casi continuos, producian en ella terribles sacudimientos, como si una mano brutal dentro

de su vientre estrujase sus intestinos. Entonces comprendió lo que la pasaba, y experimentando un temblor violento, balbuceó, arrojándose con la manta:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Con que llegó el momento!

Una angustia mortal se apoderó de la desdichada, sentía deseos de andar, y no pudiendo permanecer en la cama encendió la bujía, y se puso á dar vueltas alrededor del cuarto. Su lengua se secaba; una sed ardiente la devoraba, al mismo tiempo que sus mejillas ardían, como si las hubiesen aplicado ascuas de fuego. Cuando una contracción la encogía, se apoyaba en la pared, ó se asía á algún mueble para no caerse.

El tiempo pasaba en aquella agonía, sin que la infeliz se atreviese á calzarse para no hacer ruido. Sólo un viejo mantón cubría sus hombros.

Dieron las dos, y luégo las tres.

—¡No hay Dios! ¡no hay Dios! murmuraba, en la necesidad que tenía de hablar y de oír alguna voz, para hacerse la ilusión de que no estaba sola. ¡Esto es demasiado largo, no promete acabar!

Sin embargo, el trabajo de preparación avanzaba, el peso que sentía bajaba fatalmente, como obedeciendo á la ley de la gra-

vedad. Hasta en los instantes en que los dolores la dejaban respirar, sufría en el vientre un dolor penetrante y continuo. Para hallar alivio se apretaba las caderas, y se las sostenía al mismo tiempo que andaba de un lado á otro; sin más abrigo que su corta camisa de lienzo crudo, el viejo mantón y las burdas medias, que le llegaban hasta la rodilla. ¡No, no había Dios! Su devoción se sublevaba, su resignación de bestia de carga, que la había hecho aceptar su embarazo como un trabajo más, se acababa por instantes. No era bastante vivir rabiando de hambre, ser considerada como un guiñapo sucio y asqueroso, sobre el que todos los de la casa caían con ensañamiento... era preciso que los amos la hubieran puesto en aquel estado. ¡Ah! ¡los puercos! Y lo que es ella no podía decir de quién era aquel regalo, si del joven ó del viejo, porque Duvyrier, para consolarse de los desaires de Clarisa, la había llamado después del martes de Carnaval. De todos modos, ni el uno ni el otro se cuidaban de ella. Después de haberse divertido la dejaban el dolor. ¡En buena ley debía ir á parir á la puerta de su casa, para ver qué cara ponían! Pero al pensar así, se apoderaba de ella el terror: serían capaces de llevarla á la cárcel y mejor era devorar en si-

lencio la afrenta y los dolores. Con voz ahogada repetía, en medio de las crisis que sufría:

—¡Puercos! ¡Vosotros sois los que debierais hallaros en mi caso y sufrir lo que yo! ¡Dios mío! ¡Yo me voy á morir!

Y con las manos crispadas se estrujaba más y más las caderas, conteniendo los gritos que exhalaba su pecho y andando sin cesar.

En torno suyo, todo permanecía tranquilo y silencioso: sólo oía en el cuarto de Julia un ronquido grave, y en el de Lisa un ronquido agudo y continuo.

Dieron las cuatro, cuando de pronto creyó que su vientre estallaba. En medio de un dolor intenso, hubo una ruptura, y sus piernas se inundaron de un líquido extraño. Permaneció un momento inmóvil, aterrorizada, estupefacta... le parecía que por allí iba á desangrarse completamente. Pero experimentó un dulce reposo, y se sentó sobre un baul. Inquietábala que se hubiese manchado el suelo. Al mismo tiempo la bujía iba á acabarse. Después, no pudiendo andar, y comprendiendo que llegaba el término, tuvo fuerza para extender en la cama un viejo hule que había sobre la mesa donde tenía los peines y la palangana. Apenas se acós-

tó, cuando empezó el trabajo de expulsión.

Entonces, durante hora y media, sufrió dolores, cuya violencia aumentaba sin cesar. Las contracciones interiores habían terminado: ella era la que recurría á los músculos del vientre y de los riñones, para librarse de un peso que la mortificaba. Dos veces más experimentó el deseo ilusorio de levantarse buscando el orinal con su mano febril, y á la segunda estuvo á punto de caer en el suelo. A cada nuevo esfuerzo sentía un doloroso calambre, su cara ardía, un sudor frío la inundaba al mismo tiempo que mordía las sábanas para ahogar sus quejidos. Después de cada esfuerzo, balbuceaba:

—No es posible... no saldrá... es demasiado grande.

La infeliz se apoyaba con las manos en la cama de hierro, que agitaba con sus atroces sacudidas.

El parto se verificaba por fortuna en las mejores condiciones. La criatura se presentaba de cabeza. En algunos momentos el cráneo que salía quería volver á entrar, rechazado por la elasticidad de los tejidos distendidos hasta el punto de romperse: los dolores parecían oprimirla con un cinturón de hierro. Al fin los huesos crugieron, le pareció que toda se descuajaba, y que su vida

entera se iba por aquella espantosa abertura. En aquel instante, cayó el niño en la cama entre sus piernas en medio de un charco de excrementos y de aguas sanguinolentas.

Lanzó un grito, el grito furioso y triunfante de las madres, y á poco oyó en los cuartos próximos voces que decían: «¿Qué pasa? ¿asesinan á alguien?» Inquieta al oír aquello, mordió de nuevo las sábanas; juntó las piernas y cubrió con la manta al niño que gemía. Poco después volvió Julia á roncar, y en el aposento de Lisa no se oía más que la leve respiración de un sueño tranquilo. Entonces disfrutó durante un cuarto de hora un dulce consuelo, una calma, un reposo apacibles. Estaba como muerta, y gozaba al no sentir nada.

Después volvieron los dolores, y se apoderó de ella un miedo terrible. ¿Iba á dar á luz otra criatura? Lo peor era, que al despertarse de aquel letargo se había encontrado á oscuras. ¡Qué horrible situación! Sin luz y verse allí sola, en medio de un lago, y con algo gelatinoso entre los muslos sin saber qué hacer de aquello. ¡Había médicos para los perros y para ella no! ¡La pobre debía perecer allí sola con la criatura! Se acordó de que había asistido al parto de

María Pichon, y esto llevó á su memoria los cuidados de que fué objeto el recién nacido. El suyo no gemía, alargó la mano, buscó, y encontró una especie de cordón que le salía del vientre. Entonces recordó que aquello se cortaba y se ligaba. En medio de la oscuridad, cogió su saya, sacó del bolsillo unas tijeras, cortó una cinta de un delantal é hizo la operación como Dios la dió á entender. Después, muy fatigada, se acostó. En cuanto al niño, pobrecito, su ánimo era no matarle.

Pero los dolores continuaron, sentía aún algo que necesitaba expeler. Tiró del cordón que había cortado al niño, primero suavemente, después con fuerza, y acabó por sacar la placenta, que arrojó al orinal. Gracias á Dios, todo había terminado; ya no sufría; sólo sentía escurrir por sus piernas sangre tibia.

Durmió más de una hora. A cosa de las seis, se despertó sobresaltada recordando su situación. El tiempo urgía, y se levantó penosamente. La luna alumbraba el cuarto. Después de vestirse envolvió á la criatura en unos paños viejos, con dos periódicos para cubrirlos, y con todo hizo un paquete. El niño callaba, pero su corazón latía. Habiéndose olvidado de ver á qué sexo pertenecía, deshizo el paquete para cerciorarse. ¡Era

una niña! ¡Una desgraciada más! Carne para un cochero ó un ayuda de cámara, como la pobre Luisa, también abandonada.

Todavía no se habían levantado los criados, y pudo salir de su cuarto, sin ser vista. En la calle, se dirigió al pasaje Choisseul, allí dejó el paquete, y pudo volver sin experimentar ningún tropiezo. ¡Por fin había tenido suerte una vez en su vida!

En seguida arregló el cuarto, ocultó el hule debajo de la cama, vació el orinal y volvió á fregar el suelo. Extenuada, pálida como la cera y sintiendo la sangre que escurria por sus muslos, volvió á acostarse después de ponerse una tohalla para contener la hemorragia.

De esta suerte la encontró Mad. Josserand cuando subió á cosa de las nueve, sorprendida de no haber visto bajar á la criada.

Adela dijo que había tenido aquella noche un cólico horroroso, y que estaba extenuada.

—Se habrá V. atiforrado como de costumbre, dijo Mad. Josserand.

A pesar de todo, inquieta al ver su palidez, habló de llamar al médico, pero se consideró muy feliz por ahorrarse los tres francos que hubiera costado la visita, cuando la enferma juró y perjuró que lo único que necesitaba era reposo.

Después de la muerte de su marido, vivía Mad. Josserand con su hija Hortensia de una pensión que los hermanos Bernheim las daban, lo que no era obstáculo para que los acusasen de explotadores. A fin de no renunciar al cuarto en que habitaban, ni á sus reuniones de los martes, sacrificaban á esta vanidad su alimentación.

— Pues nada, duerma V., dijo á la criada, y esté tranquila. Anoche quedó carne fiambre; con ella tenemos para el almuerzo, y hoy por fortuna, comemos fuera de casa. Si no puede V. bajar á ayudar á Julia, se arreglará ella sola como Dios la dé á entender.

La comida en casa de Duveyrier, fué muy cordial. Toda la familia estaba reunida: los dos matrimonios Vabre, Mad. Josserand, Hortensia, León y hasta el tío Bachelard que se mostraba más tratable que de costumbre. Además, habían sido invitados Troublot, para que ocupase un puesto, y Mad. Dambreville para no separarla de León. Éste después de su matrimonio con la sobrina, había vuelto á hacer la corte á la tía porque necesitaba de ella.

Los dos iban juntos á todas partes, y excusaban á la joven esposa diciendo que la retenía en casa, unas veces la pereza y otras alguna ligera indisposición.

Aquella noche todos se condolieron de no verla con más frecuencia. ¡Era tan bella y tan amable!

Después se habló del coro que Clotilde debía hacer cantar al final de la recepción, que no era otro que el de la *Bendición de los puñales*; pero entonces, con cinco tenores, es decir, con todos los elementos que requería.

Desde hacia dos meses, el mismo Duveyrier completamente repuesto, repetía á sus amigos la misma fórmula:

— No se les ve á ustedes. Vengan ustedes á vernos á menudo. Mi mujer prepara nuevos coros.

Así es, que desde el momento en que principió la comida, no se habló más que de música, reinando la más agradable franqueza hasta el momento de beber el champagne. Después tomaron el café, y mientras las señoras permanecían alrededor de la chimenea del salón, se formó en un gabinete contiguo un grupo de hombres que se pusieron á hablar de cosas graves.

Los convidados á la reunión llegaban.

No tardaron en hallarse allí Campardon, el cura Manduit, el doctor Juillerat y los demás comensales, excepto Troublot que desapareció al terminar la comida.

Como era natural, hablaron de política. Los debates de la Cámara afectaban á aquellos caballeros. Mostrábanse inquietos por el triunfo que había obtenido en las últimas elecciones la clase media.

—No niego, señores, dijo León, que M. Thiers es un hombre de talento, pero ha demostrado en su discurso contra la expedición de México, una acrimonia que quita á sus palabras toda la importancia que pudieran tener.

Acababa de obtener una posición oficial, gracias á los pasos que había dado Mad. Dambreville, y por esta razón se mostraba ministerial. Ya no había nada en él del demagogo hambriento, á no ser una insostenible intolerancia de doctrina.

—Antes atribuía V. al Gobierno la culpa de todo, y no me extrañaría que hubiese V. votado á M. Thiers, indicó el doctor.

El joven no respondió.

Teófilo mortificado por una difícil digestión, y atormentado de nuevo por sus dudas acerca de la fidelidad de su mujer, exclamó:

—Yo he votado por él. Puesto que los hombres no quieren vivir como hermanos, tanto peor para ellos.

—Y tanto peor para V. ¿no es verdad? dijo Duvoyrier, que desde hacia algún tiem-

po tenía el prurito de pronunciar frases profundas.

Teófilo le miró asustado. Augusto no se atrevió á confesar que había votado también por M. Thiers. Pero la gran sorpresa fué la que produjo Bachelard al hacer una profesión de fe legitimista. Le parecía distinguir-se de este modo.

Campardon aprobó su conducta, y dijo que se había abstenido de votar por M. Devinck; el candidato oficial no ofrecía bastantes garantías, bajo el punto de vista religioso. Después, pronunció agrías censuras contra la *Vida de Jesús*, que había publicado Renan poco tiempo antes.

—No es al libro, dijo, sino al autor á quien debería quemarse.

—Es V. demasiado radical, amigo mío, interrumpió el cura con voz conciliadora; mas en efecto, los síntomas son terribles. Se habla de arrojar al Papa de Roma: la revolución está en el Parlamento: caminamos al abismo.

—Mejor que mejor, objetó el doctor Juillerat.

A oírle, todos se sublevaron; pero él renovó sus ataques contra los burgueses, anunció que no tardarían en darles un puntapié cuando le llegase al pueblo la hora del triun-



fo; y sus oyentes le interrumpían con violencia, gritando que la burguesía era la virtud, el trabajo, el ahorro de la nación.

Duveyrier dominó aquella algarabía, confesando que había votado por M. Devinck, no porque representase sus opiniones, sino porque era la bandera del orden. Sí, las saturnales de la época del Terror podían renacer.

M. Rouher, el hombre de Estado tan notable que acababa de reemplazar á M. Billault, lo había profetizado formalmente desde la tribuna; y continuó con estas pintorescas palabras:

—El triunfo de las oposiciones es el primer golpe que ha recibido el edificio: ¡tened cuidado no os aplaste á todos al desmoronarse!

Los circunstantes callaron, temerosos de haber comprometido su seguridad personal. Veían en su imaginación obreros chamuscados por la pólvora y salpicados de fango, entrar en sus casas, saquear sus gabetas y beberse el vino de sus bodegas.

El emperador merecía una lección, pero ya sentían habérsela dado tan fuerte.

—Tranquíllicense ustedes, dijo el doctor. El país se salvará á cañonazos.

Una vez más, le calificaron sus oyentes

de original, y gracias á esta manera de apreciar su conducta, conservaba la clientela.

Después, continuó tratando con el cura Manduit la eterna cuestión, la próxima separación de la Iglesia.

León que todos los domingos acompañaba á misa á Mad. Dambreville, se puso de parte del sacerdote invocando los decretos de la Providencia.

A todo esto llegaba la gente, y la sala se iba llenando de señoras. Valeria y Berta hablaban como dos buenas amigas.

La otra Mad. Campardon, á quien el arquitecto había llevado sin duda para reemplazar á la pobre Rosa que ya se había acostado y probablemente leía á Dickens, daba á Mad. Jossierand una receta económica para lavar la ropa sin jabón, mientras que Hortensia esperaba á Verdier sin quitar los ojos de la puerta.

De pronto, Clotilde que hablaba con madame Dambreville, se levantó y corrió al encuentro de Mad. Mouret.

La boda de ésta con el joven dependiente, se había celebrado al terminar el luto, en los primeros días de Noviembre.

—¿Y tu marido—le preguntó la dueña de la casa—supongo que no faltará á su palabra?